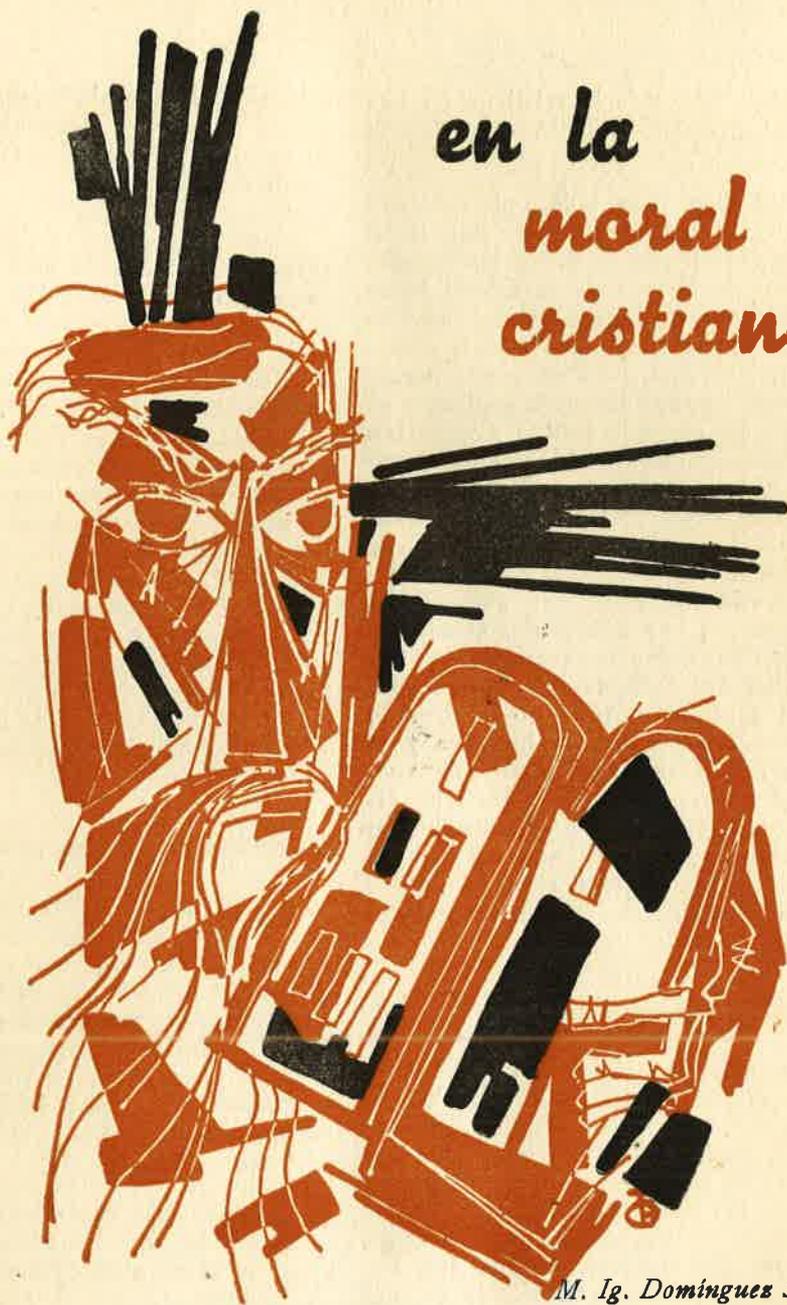


S
U
J
E
C
I
O
N
Y
L
I
B
E
R
T
A
D

en la
moral
cristiana



M. Ig. Domínguez S. J.

El cristiano de hoy se encuentra frecuentemente desorientado ante ese "cara y cruz" antagónicos que parece entranñar la moral cristiana (1). Por un lado se proclama la ética del amor, la libertad de los hijos de Dios y la abolición del legalismo judaico. El cristiano no está sometido a ninguna ley que coarte su expansión vital. Es un hombre libre. San Agustín

(1) E. HAMEL, «Loi naturelle et loi du Christ» en *Sciences Ecclesiastiques* 1958. Tom. 10, 65-7.

condensa esta euforia cristiana en una expresión definitiva: "Ama y haz lo que quieras".

Pero por otro lado, el cristiano siente sobre sí el peso de una legislación moral que va desde los mandamientos de Dios y de la Iglesia hasta las últimas determinaciones del Derecho Canónico y de la moral social, profesional, conyugal... Es un peso enorme que está a punto de hacer naufragar su alegría. La carga le resulta a veces tan agobiante que siente la tentación de exclamar, como el pobre Andre Gide: "Mandamientos de Dios, habéis estrangulado a mi alma. Mandamientos de Dios, diez o veinte, ¿hasta dónde alargaréis vuestras fronteras? ¿Enseñaréis que siempre hay más y más cosas prohibidas?" (2). Son los gritos de una humanidad desorientada que "cocea contra el agujijón" porque no ha llegado nunca a comprender la hondura y el poder liberador de la moral cristiana. En estas líneas intentaré solucionar esta aparente antinomia profundizando en los fundamentos de nuestra moral para señalar, desde ellos, el verdadero enfoque cristiano de la actuación moral del hombre.

El hombre en busca de un camino

La situación inicial del hombre, desde el punto de vista de su conciencia moral, es la de encontrarse "embarcado", según la gráfica expresión de Pascal. El hombre se encuentra ligado y obligado independientemente de su voluntad. Su situación es muy parecida a la del que despierta en alta mar sin tener idea de dónde y cuándo se embarcó.

Los hombres, a lo largo de su historia, han acudido a tres claves fundamentales para intentar explicarse este misterio: a Dios, al hombre, y a la materia. De aquí los tres tipos funda-

mentales de moral —religiosa, meramente humana y materialista— que a lo largo del devenir humano encarnan en diversos subtipos.

Cada uno de estos tipos de moral existe en función de una determinada concepción de la finalidad del hombre. Cualquier moral es sólo un itinerario para caminar por el mundo. Para el cristiano, la vida en el mundo es un peregrinar hacia Dios (2 Cor. 5, 6-8) y su itinerario es Cristo. *Yo soy el camino* (Juan 14,6). Cristo es la vida total del cristiano en todos sus aspectos, religioso, moral, social, intelectual. En El participamos ya de la vida increada que brota del seno de la Trinidad, meta sublime de nuestro camino. La vida del cristiano no es sino seguimiento, entrega y transformación en Cristo a impulsos del amor. Amor, es la gran síntesis de nuestra moral. Porque la obediencia y la libertad están contenidas en el amor (3).

Una antorcha para nuestros pasos

Sin embargo, en la concreción práctica de esta moral sublime de amor y de entrega, hay algo que hiere instintivamente a nuestra sensibilidad moderna: su autoritarismo. Se mandan la justicia, la honradez, la fidelidad y hasta lo que parece una contradicción, se manda el amor. Y esto bajo la amenaza de un castigo eterno. Volvemos a la antinomia (4).

Es necesario replantear el problema. Los Mandamientos nos aparecen como una traba arbitraria injustamente impuesta desde el exterior, como una violencia hecha a nuestra libertad. Al juzgar así nos olvidamos de algo importante: nuestra condición de

(3) P. CLAUDEL. *«L'esprit et l'eau»*.

(4) Véase en *Christus*, n. 4, especialmente pgs. 21-27 del artículo de S. LYONNET, *«Liberté Chrétienne et loi de l'Esprit selon S. Paul»*.

(2) *Nourritures Terrestres*, pág. 131.

seres creados y nuestra depravación original. Lo que en nosotros rehúsa someterse no es la libertad racional, sino lo que S. Pablo llamó "deseo de la carne", y precisamente *la carne es enemiga de Dios* (Rom. 8, 6-7). Esta es la huella que ha quedado a la pobre humanidad después del pecado: revolverse ciegamente contra Dios y no ver en sus mandamientos una luz (Prov. 6,23) que nos revela la verdad de nuestra naturaleza de hombres y nuestra vocación divina. Precisamente el mandamiento de amar a Dios *con todo el corazón, con toda el alma, y con toda la fuerza* (Deut. 6, 5), constituye la mayor revelación del Antiguo Testamento. Es el comienzo de la aproximación de Dios al hombre después del pecado. Es una gran luz con que Dios comienza a enseñar al hombre, desorientado en sus tinieblas, cuál es su puesto en el cosmos.

Todos los mandamientos son en sí un gran don por parte de Dios. Son una llamada a reanudar el diálogo de amistad que el hombre interrumpió en el paraíso. Pero queda en nosotros la huella del primer pecado que es la rebeldía perenne de nuestra carne (5) contra la voluntad de Dios. Esta herida, ahondada en nuestra alma por los propios pecados, mantiene en lo hondo de nuestro ser una constante aversión a los mandamientos divinos. Urge una reconciliación de nuestra voluntad con la ley de Dios.

Cristo, nuestra reconciliación con los mandamientos

Los mandamientos que Dios había dado a su pueblo para que fuesen luz ante sus ojos y antorcha que guiara sus pasos (Ps. 138), se habían convertido, por la dureza de cerviz y la ceguera

(5) En el Nuevo Testamento este concepto de «carne» tiene un sentido amplio pero bastante preciso. Se significan con él ordinariamente todas las tendencias del «hombre de pecado». Véase: F. PRAT, *Teología de S. Pablo*. Vol. II, pág. 458-60. México, 1947.

de ese pueblo, en causa de continuas caídas y en perpetua exigencia de castigo. Pero Dios se propuso remediar definitivamente este mal. El remedio que El encuentra no es la supresión de la ley. Es anunciar una nueva alianza que lleva consigo la reconciliación perpetua de los corazones con la ley. *He aquí que vienen días —afirma Yahvé— en que pactaré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva... Pondré mi ley en su interior y la escribiré en su corazón y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo* (Jer. 31, 31-32).

Para realizar este pacto nuevo con la humanidad y reconciliar nuestros corazones con la ley, Dios envía a su Hijo al mundo y lo entrega a los hombres. Jesucristo, que es el testimonio máximo del amor de Dios a los hombres (Juan 3,16), trae la misión de arrebatar por el amor nuestros corazones, forzándoles a entregarse espontánea y plenamente a la voluntad de Dios. El sabe que cuando sea levantado sobre la tierra atraerá todas las cosas hacia sí (Juan 12, 32). No deroga la ley ni los mandamientos, sino los hace suyos. Y entonces dirigiéndose a aquellos hombres por los que da su vida como testimonio de amor, les dice: "*Si me amáis, guardad mis mandamientos*" (Juan 14. 15).

De este modo, los mandamientos han perdido su seco carácter normativo para convertirse en una respuesta de amor a una persona concreta que nos amó y se entregó a la muerte por nosotros. El fundamento de la nueva ley es el amor a Cristo. La ley del cristiano es la ley de Jesús. Los mandamientos son el yugo y la carga de Jesús que el amor hace ligeros. La más mínima de nuestras acciones constituye un acto de relación personal con Jesús que es el centro de la vida moral (Mt. 25, 40.45; Mc. 9, 41). La norma suprema consistirá en que nuestras acciones sean *una obra buena* con El (Mt. 26, 6-13). El motivo de nuestra actuación moral es un amor personal al Dios viviente he-

cho hombre. No puede encontrarse una motivación más eficaz ni más elevada (6).

El seguimiento de Cristo

En esta nueva moral, Cristo lo es todo (7). Es motivo, principio, objeto y ejemplar. La moral puede sintetizarse en un seguimiento, en una imitación de Cristo. Así la presentaron los Apóstoles y el mismo Cristo (8). Este caminar en pos de Cristo no puede ser nunca un seguirle de lejos. Ni la imitación de Cristo es un trabajo por copiar algo que permanece totalmente extrínseco a nosotros. El cristiano debe no sólo *caminar como El caminó* (1 Juan 2,6) sino *caminar en El* (Col. 2, 6-7). El seguimiento de Cristo consiste en una compenetración tan íntima con El que llega a una asimilación de su pensamiento y de sus sentimientos. Y esto es algo que supera las fuerzas humanas. Una de las veces que Jesús expone las exigencias del Reino de los Cielos, *los discípulos, al oírlo, se admiraron mucho y decían: ¿Quién, pues, podrá salvarse? Jesús los miró y dijo: Para los hombres esto es imposible, pero para Dios todas las cosas son posibles* (Mt. 19, 25-26). El cristianismo, por tanto, requiere un principio moral nuevo y una fuerza nueva que está más allá de lo humano.

(6) Aunque el hombre haya de considerarse siempre, necesariamente heterónimo.— Véase G. BORTOLASO, «*Etica dell'Amore ed etica dell'Obligazione*» en *Civiltà Cattolica* 1952 vol. II pgs. 375-78—, el motivo fundamental de su obediencia a Dios no es nunca, como quería HOBBS (*De Cive* XV, 7) el temor del débil ante el fuerte.

(7) E. MERSCH, *La morale et le Christe totale* en *Nouv. Revue Théol.* 1946. Tom. 68, J. M. GONZALEZ RUIZ, *Cartas de la Cautividad*, pág. 264. Madrid. 1956.

(8) Mt. 10, 29, 39; 8, 22; Mc. 2,14; Lc. 9, 61-62; Juan 8, 12; 12, 26; 1 Pedr. 2, 21; Rom. 13, 14; 1 Cor. 4, 16; Filip. 3, 10.12; 1 Juan 2, 6; etc.

Fuerza y poder de Dios

En el Nuevo Testamento se concibe la vida moral del cristiano como una comunidad de vida y de bienes con Dios. Existe una mutua inmanencia entre Dios y el cristiano. Las fórmulas usadas por S. Juan (9) implican una interpenetración y una interacción. El cristiano se esfuerza por permanecer en Dios por el amor, concretado en la guarda de los mandamientos, y Dios se constituye en principio de acción y de fuerza moral-sobrenatural que impide al hombre caer en pecado (10).

El efecto de esta comunión vital en el terreno moral es una interiorización —puede hablarse de inmanencia— de la ley moral en el corazón del individuo y una revitalización y elevación sobrenatural de su potencia moral. Ha desaparecido para siempre lo que constituía la tragedia moral del hombre en el Antiguo Testamento: poseer una ley que le mostraba desde fuera el camino pero sin darle fuerza para seguirla. Al cristiano, poseedor del “*sensus Christi*” (11) la actuación moral le brota espontánea del centro de su corazón porque Cristo —luz, verdad, camino, fuerza y poder de Dios— actúa en El.

Este nuevo principio, que nos hace caminar de una manera digna del Señor (Col. 2, 6-7; 1, 10), es la gracia y el don de la filiación divina. Unica-

(9) J. BONSIIVEN, *Epîtres de Saint Jean*, pgs. 41-42. *Verbum Salutis*. E. MERSCH, *Filii in Filio*. *Nouv. Rev. Theol.* Tom. 65, 1938 pgs. 558-65.

(10) Juan 15, 4; 17, 21.23; 1 Juan 1, 25; 4, 13.15.16.

(11) Esta expresión usada por San Pablo en I Cor. 2,16 podría traducirse por «*ethos cristiano*» según el sentido amplio que la palabra «*ethos*» posee en la filosofía actual (Cfr. MAX SCHELER: *Etica; De lo eterno en el hombre; El saber y la cultura; etc.*). Véanse también los comentarios de HUBY y ALLO al pasaje citado.

mente si poseemos en nosotros la participación de la naturaleza divina, podemos imitar al Padre que está en los cielos y hacer obras semejantes a las suyas. Nuestra filiación es una participación de la filiación eterna de su Hijo Jesucristo. Esta filiación es un nacimiento a un orden nuevo. Tenemos una nueva vida, *Cristo* (Col. 3,4) y esta vida es la que ha de desarrollarse y crecer en nosotros (12). Las exigencias de nuestra moral son las exigencias intrínsecas a este desarrollo vital. Mayor interiorización de la ley no puede darse. Ley y vida se identifican.

Moral como desarrollo biológico

En el desenvolvimiento de esta vida pueden señalarse tres etapas. El nacimiento, por el bautismo. El desarrollo, mediante la actuación moral según el ejemplo de Cristo. La consumación, en la divinización total del hombre que convivirá eternamente con Cristo, la gloria que El posee desde el principio.

Según este esquema, el quehacer moral del cristiano no tiene lugar más que en la etapa intermedia, la vida terrena, en que podemos, mediante actos libres, desarrollar la semilla de vida que Dios puso en nosotros con el bautismo. El desarrollo de este germen requiere por nuestra parte dos cuidados fundamentales. Una labor profiláctica evitando el pecado, que es muerte, y una labor positiva que consiste en realizar toda obra buena. Mediante esta actuación moral el hombre se va asimilando a Cristo. Va creciendo y haciéndose hombre maduro y perfecto en Cristo. Y, *simultáneamente*, esta actuación moral de los hombres nacidos

de Dios, va haciendo llegar a cada uno de sus miembros la vida de Cristo que alcanza en ellos su plenitud. De este modo, al mismo tiempo que los individuos y necesariamente en los individuos, el Cristo total va creciendo, adquiriendo su talla, la plenitud total. Porque en definitiva, el desarrollo moral del cristiano no es sólo perfeccionamiento del individuo, sino el desarrollo del Cristo total que es la Iglesia.

Obras buenas

Si queremos concretar cuál es esa actuación moral positiva que nos hace crecer en Cristo, no podemos emplear otra fórmula mejor que la de S. Pablo: *Crecamos profesando la verdad en el amor* (Ef. 4, 16). En el Nuevo Testamento, *verdad* es sólo aquello que tiene valor delante de Dios. Mentira, es todo lo que no es cotizable delante de Dios. Los Apóstoles, fuera de los valores fundamentales de la fe, de la caridad y de los "preceptos del Señor", señalan con frecuencia otra serie de valores y de obras *agradables a Dios* en las que deben ejercitarse los cristianos. No intentan sin embargo hacer un catálogo exhaustivo. Sería imposible. S. Pablo advierte que el campo es inmenso y, utilizando la terminología de la ética estoica, escribe: "*Por lo demás, hermanos, cuantas cosas hay verdaderas, cuantas decorosas, cuantas justas, cuantas puras, cuantas amables, cuantas bien reputadas, si alguna virtud hay, si cosa digna de alabanza, todo eso, tomadlo en cuenta*" (Fil. 4,8). De este modo, quedan consagrados como *verdad* y valor en el cristianismo todos los principios de la ética natural. Más aún, para el cristiano, cualquier obra, aun la más vulgar, si es nacida del amor a Cristo, es obra buena y *verdad*. La regla definitiva del actuar moral es el amor. El quehacer moral del cristiano se reduce a amar. Y en el amor —paradoja cristiana— están la máxima sujeción, la perfección de la ley y la máxima libertad.

(12) No es posible detenerse aquí en una exposición sobre los conceptos fundamentales de la elevación al orden sobrenatural y de nuestra incorporación a Cristo. Los damos por supuestos. Puede verse PROYECCION, 1958 núm. 16 p. 4.

Dimensión trinitaria de la moral

Hasta aquí hemos hablado de Cristo como motivo, ejemplar y principio vivificador de nuestra vida moral. Pero nuestra meta es toda la Trinidad. Cristo, en la tierra y en el cielo, es el camino hacia las profundidades del Dios uno y tripersonal, principio y fin de todo lo que existe. La moral cristiana, como toda la acción regeneradora del hombre, es obra de la Trinidad.

Nuestra vida nueva en Cristo, a la que va indisolublemente unida nuestra moral, es un don del Padre, una llamada de amor que El nos hace y que exige de nosotros una respuesta (13). *Dios Padre por el extremado amor con que nos amó, nos vivificó con la vida de Cristo y nos predestinó para ser santos en su presencia a impulsos del amor* (Ef. 2,4-5; 1, 4).

Pero el hombre, es impotente para responder a esta llamada. La única respuesta adecuada a la llamada eterna e infinita de Dios es su Palabra misma, su Verbo, el Hijo de su Amor. Nosotros no podemos responder a Dios más que en Cristo, uniéndonos a El, transformándonos en El, "verbificándonos", haciéndonos de alguna manera Palabra divina por su imitación (14).

El Hijo es el camino y la respuesta al Padre. Pero nadie puede andar por ese camino ni pronunciar esa respuesta si no fuere guiado e impulsado por el Espíritu de Jesús, El Espíritu Santo. El es el que enciende la llama del amor en nuestra alma y quien nos enseña a balbucir nuestra respuesta a Dios clamando en nuestros corazones, *Abba, Padre* (Gal. 4, 6; Rom. 8, 14-16). Es este Espíritu que habita en los cristia-

nos, el que nos da fuerzas para caminar según Jesucristo, nos recuerda sus enseñanzas, suscita en nosotros los sentimientos y pensamientos de Jesús y susgiere en nuestro corazón las actitudes exigidas por nuestra nueva condición de hermanos de Cristo e hijos de Dios.

Esta es la síntesis última de nuestra moral: entregar nuestras vidas en respuesta al amor eterno del Padre, haciéndonos semejantes al Hijo, bajo la dirección y el impulso del Espíritu Santo (15).

Conclusiones

He intentado mostrar cuál es el verdadero enfoque de la moral cristiana. Ahora sólo quiero hacer algunas reflexiones para solucionar plenamente la antinomia que se nos planteaba al principio. Nuestra moral no es una moral estática que el hombre podrá alguna vez llenar plenamente en toda su capacidad objetiva mediante el cumplimiento de cada uno de sus preceptos. Es una moral abierta, de crecimiento ininterrumpido hasta que seamos transplantados a la tierra definitiva en la ciudad de Dios. La moral cristiana es una moral de hombres que han alcanzado la madurez y la autonomía en la mayoría de edad del espíritu. Los mandamientos y los preceptos tienen un valor esencialmente pedagógico, ordenados, principalmente, a la formación de los espiritualmente niños. Los que han alcanzado la madurez en Cristo tienen ya esas reglas asimiladas a sus vidas y proceden espontáneamente conforme a ellas, como el hombre adulto se desenvuelve espontáneamente en su trato social según las reglas aprendidas trabajosamente en su infancia.

(13) Véase sobre este punto B. HAERING «*La Ley de Cristo*», vol. I, p. 81-100, Barcelona 1961.

(14) SAN ATANASIO, *Contra Arianos* 3, 34 PG 26, 397.

(15) Un desarrollo más amplio de este tema puede verse en: C. SPICQ O. P. «*Vie morale et Trinité Sainte selon Saint Paul*» Paris 1957.

La tragedia moral de muchos consiste en permanecer espiritualmente niños cuando en otros aspectos han alcanzado la mayoría de edad. Para ellos la moral resulta agobiante porque siempre será una carga insoportable sobre los hombros de un niño lo que está hecho a la medida de las fuerzas de un hombre. El cristiano es un ser total en el que todos sus elementos vitales tienen que estar integrados en una única dirección de vida. Cualquier intento

de disociación de esos elementos o la atrofia de uno de ellos constituirá su mayor tormento.

Por desgracia nuestra pedagogía moral dentro de la familia y, aun en la predicación en las iglesias, lleva con frecuencia a este desequilibrio. Se descuida la vida interior —los motivos vitales— y se amontonan las prescripciones sin más justificación que la autoridad. Se llega a poca distancia del legalismo judaico.

SAN EFRÉN DE EDESA

«Cítara del Espíritu Santo» es el apelativo con que sus contemporáneos y toda la tradición de la Iglesia Oriental han designado a S. Efrén. Temperamentalmente S. Efrén es, ante todo, un poeta. El poeta cristiano más grande de su época. Es un alma incandescente que, arrebatada por el Espíritu Santo, unas veces canta las glorias de Cristo, de la Virgen y de la Iglesia y otras veces gime por el dolor y la angustia de los hombres oprimidos por las desgracias, las guerras y la muerte.

Nació hacia el 306 en la ciudad de Nisibe, en Mesopotamia. Hacia la edad de treinta años fue ordenado diácono y probablemente nunca llegó al sacerdocio. Al pasar Nisibe a poder de los persas, marchó con otros muchos cristianos a la ciudad romana de Edesa, donde murió en el año 373 .

Su producción literaria, toda ella en lengua siria, es abundantísima. Escribió multitud de obras exegéticas, polémicas e himnos litúrgicos. Gran parte de sus obras polémicas contra los herejes «bardesanos» están escritas en estrofas breves, de ritmo popular, para ser cantadas en las iglesias y en las calles de Edesa. Contra las ideas de estos nósticos, presagiadores del maniqueísmo, canta S. Efrén: «Que el cuerpo y el alma canten tus alabanzas, Señor, ...porque el cuerpo es bueno, el cuerpo resucitará un día y entrará en los palacios del Rey».

La «Cítara del Espíritu Santo» vibra con acentos de intensa emoción cuando se trata de defender los privilegios de María, especialmente el de su perpetua virginidad. Muchos autores creen ver una clara afirmación de la concepción Inmaculada de María en estas palabras: «Tú sólo, oh Jesús, y tu Madre sois de belleza tal, que superáis la de cualquier otro, porque en Ti no hay mancha alguna ni tampoco en tu Madre».

A este «Profeta de los sirios», «Columna de la Iglesia» y «Cítara del Espíritu Santo», declaró el papa Benedicto XV, doctor de la Iglesia Universal.